

tanto amarillo por el calor de Julio, donde, medio escondido entre los árboles, se veía un banco de madera que convidaba á dormir la siesta. A lo lejos centelleaba el río produciendo reflejos azulados mudo y lleno de sol hasta las montañas de Alem-Tejo, azuladas también.

— ¡Esto es encantador!

— Es un paraíso, amiga mía; ¿no se lo decía yo? Es necesario bautizar esta casa... ¿Cómo la llamaremos? ¿Villa María?... No. ¿Chateau-Rosa?... Tampoco; parece el nombre de un vino. Lo mejor es darle definitivamente el nombre con que la conocíamos. La llamábamos la *Casita*.

María Eduarda halló muy original aquel nombre. Se debía pintar en letras rojas sobre el portal.

— Sí, y con una divisa de misántropo: *¡No me toquéis!*

María Eduarda se detuvo ante la mesa dispuesta, centelleante de cristales y cargada de fiambres.

— Son las bodas de Canaán — exclamó sonriendo.

— Son las nuestras...

La joven se ruborizó y fijó la vista para escoger unas flores.

— ¿Quiere unas gotas de champagne? — preguntó Carlos. — ¿Con un poco de hielo? ¡Tenemos hielo, tenemos todo! No nos falta nada... ni la bendición de Dios... ¿Una gota de champagne?

Aceptó. Bebieron en la misma copa; otra vez se besaron sus labios.

Carlos encendió un cigarrillo y continuaron recorriendo la casa.

La cocina le gustó mucho, en el corredor se detuvo ante una panoplia de toreo, examinándola con curiosidad. Al lado se veía un cartel amarillo de la corrida, donde campeaba el nombre de Lagartijo.

Aquello la encantó como si hubiese visto un cálido relámpago de las fiestas españolas...

Después, en el que debía ser su cuarto, le disgustó aquel lujo chillón y sensual. Era una alcoba que recibía la luz de una sala cubierta de tapices que representaban los amores de Venus y Marte: de la puerta de comunicación pendía una pesada lámpara de hierro forjado: y en aquella hora, iluminada por un ancho rayo de sol, resplandecía la alcoba como el interior de un tabernáculo profanado... Estaba tapizada, paredes, techo y suelo, de seda amarilla, de tonos cálidos. La cama, con pabellón, estaba sobre un estrado y ostentaba magníficas cortinas de viejo brocado, llenando la alcoba, espléndido y severo, como levantado para las voluptuosidades grandiosas de una pasión trágica del tiempo de Lucrecia ó de Othelo. Y allí era donde el buen Craft, con un pañuelo de seda de Indias, atado á la cabeza, dormía sus siete horas, tranquilo y solitario.

A María Eduarda no le gustaron aquellos tonos chillones. Después, se impresionó al reparar en un lienzo antiguo, que resaltaba en negro sobre un fondo de oro, una cabeza separada del tronco, lívida, con la sangre cuajada en torno, dentro de una fuente de cobre. Para mayor excentricidad, en un rincón, como remate de una columna de roble, una enorme lechuza disecada, fijaba en el lecho de amor con expresión de meditación siniestra, sus dos ojos redondos y agoreros... María Eduarda creía imposible tener allí sueños suaves.

Carlos cogió la columna y el avechicho y los llevó al corredor; y propuso cambiar aquellos brocados y tapizar la alcoba de raso de color de rosa.

— No, me acostumbraré á ese color de oro. Sólo este cuadro con la cabeza y con la sangre... ¡Jesús, qué horror!

—Mirándolo bien,—replicó Carlos—paréceme que se trata de nuestro viejo amigo San Juan Bautista.

Para deshacer aquella impresión penosa, Carlos la llevó al gran salón donde Craft concentrara sus preciosidades.

Marío Eduarda, sin embargo, parecía aun descontenta y le halló amanerado y recordando las salas de Museo.

—Esto es para ver en pie y de paso. No se puede estar aquí sentado y conversar.

—Todo esto es primera materia,—exclamó Carlos,—con parte de eso se puede hacer una sala admirable. Fijese en este armario, vea qué centro, ¡qué belleza!

Llenando casi el entrepaño del fondo, el famoso armario, el "mueble divino," de Craft, obra de talla del tiempo de la Liga Hanseática, lujosa y sombría, tenía una majestad arquitectural; en la base había cuatro guerreros armados como Marte que franqueaban las puertas; la parte superior estaba guardada por los cuatro evangelistas, Juan, Marcos, Lucas y Mateo, imágenes rígidas, envueltas en amplios ropajes que un viento de profecía parecía agitar: y en la cornisa dos faunos, recostados con simetría, indiferentes á los héroes y á los santos, tocaban la flauta de cuatro tubos.

—¿Qué le parece?—decía Carlos.—¡Qué mueble! ¡Es todo un poema de Renacimiento! Faunos y Apóstoles, guerras y geórgicas... ¿Qué se puede poner dentro de este armario? Si tuviese yo cartas de usted, aquí las depositaría como en un tabernáculo.

María Eduarda no contestó, sonriendo, andando despacio entre esas cosas del pasado, de una tristeza fría y que exhalaban la indefinida tristeza de un lujo muerto: finos muebles del Renacimiento ita-

liano, desterrados de sus palacios de mármol, con embutidos de cornalina y ágata que daban un brillo suave de joya sobre la negrura de los ébanos y sobre el raso de las maderas de color de rosa; cofres nupciales anchos como baúles, donde se guardaban los presentes de los papas y de los príncipes, pintados de púrpura y oro, con preciosas miniaturas; arquillas españolas, revestidas de hierro bruñido y de terciopelo rojo, con departamentos misteriosos en forma de capilla, llaves de nichos, de claustros de concha... Aquí y allí, sobre la pintura verde-oscuro de las paredes, resplandecía una colcha recamada de flores y de aves de oro; ó sobre un trozo de tapiz de Oriente, de tonos severos, con versículos del Coran, se abría el país de seda de un abanico de *Watteau*...

María Eduarda acabó por sentarse, cansada, en una poltrona de Luis XV, amplia y noble, de la cual parecía exhalar un vago aroma de pelucas empolvadas.

Carlos triunfaba viendo la admiración de María. ¿Aun consideraba una extravagancia aquella compra hecha en un raptó de entusiasmo?

—No, hay cosas magníficas... No seré yo quién me atreva á vivir una vida tranquila de aldea entre estas preciosidades...

—No diga eso—exclamaba Carlos, riendo—ó le pego fuego á todo.

Pero lo que más le gustó fueron las bellas porcelanas, representantes de un arte inmortal y frágil, esparcidas sobre el mármol de las consolas. Una sobre todo la atraía, una espléndida taza persa, de un dibujo raro, con una fila de cipreses negros, cada uno de los cuales abrigaba una flor de vívidos colores: aquello recordaba breves sonrisas, apareciendo

entre largas tristezas. Después había aparatosas mayólicas de tonos estridentes y encontrados, con grandes personajes: Carlos V pasando el Elba, Alejandro coronando á Horsa; los Nevers ingenuos y serios, los Desvirs con sus encajes de oro sobre el azul oscuro de cielo tropical; los Wedgewood, color de leche y rosa con transparencias fugitivas de concha en agua...

—Un instante más—exclamó Carlos, viendo que se sentaba otra vez;—es necesario saludar al genio tutelar de la casa.

En el centro, sostenido por ancha peana, apareció un ídolo japonés de bronce, un Dios bestial, desnudo, pelado, obeso, de gran papada, sonriente, con el vientre distendido por la indigestión de todo un universo, mostrando sus piernecitas flacuchas, blandas y flácidas, como las pieles muertas de un feto. Y este monstruo triunfaba á horcajadas sobre un animal fabuloso, de pies humanos, que doblaba hacia tierra el cuello sumiso, mostrando en el hocico y en el ojo oblicuo, todo el sordo resentimiento de su humillación.

—Y pensar—decía Carlos, hablando—que generaciones enteras se han arrodillado ante esta rata, le han rezado, besándole el ombligo, ofreciéndole riquezas y muerto por él...

—El amor que se tiene por un monstruo—dijo María—es más meritorio ¿verdad?

—Por eso, sin duda, no halla meritorio el amor que se tiene por usted...

Sentáronse al pie de la ventana en un diván bajo y ancho cargado de almohadas, y como ella se quejara de sentir calor, Carlos abrió la ventana.

María Eduarda sacó la cabeza por la ventana y Carlos la siguió; y allí quedaron juntos, profundamente felices, penetrados por la dulzura de aquella

soledad. Un pájaro cantó en las ramas de un árbol y calló después. Ella quiso saber el nombre de una aldea que blanqueaba al sol. Carlos no se acordaba. Cogió una margarita para preguntar: *Elle m'aime, un peu, beaucoup.* Ella se lo arrancó de las manos.

—¿Qué necesidad hay de preguntar á las flores?

—Porque no me lo dice claramente, como yo quiero que me lo diga.

Abrazóla por la cintura, sonriendo uno á otro. Entonces Carlos, con los ojos fijos en los de ella, le dijo bajito é implorando:

—Todavía no hemos visto la salita de baño.

María Eduarda se dejó llevar abrazada así hasta los baños, que tenían un pavimento de azulejo avivado por una vieja alfombra roja de Caramania. El, teniéndola siempre abrazada, besóla en el cuello con beso largo y lento. Ella se abandonó más, sus ojos se entornaron pesados y vencidos. Penetraron en la alcoba, de tonos calientes de oro viejo. Carlos, al pasar, corrió las cortinas de la puerta, que eran de fina seda, y quedaron un instante inmóviles, solos al fin, desatado su abrazo, sin tocarse, como suspensos y embargados por la abundancia de su felicidad.

—¡Esa horrible cabeza!—murmuró ella.

Carlos arrancó el cobertor de la cama y cubrió el lienzo siniestro. Entonces extinguióse todo rumor, la solitaria casa quedó adormecida entre los árboles, en larga siesta, bajo la calma de Julio...

Alfonso de Maia, celebraba precisamente su cumpleaños al día siguiente, que era domingo. Casi todos los amigos se habían juntado en el Ramillete y se tomó café en el despacho de Alfonso, donde las

ventanas se conservaban abiertas. La noche era templada y serena. Craft, Sequeira y Taveira paseaban fumando por el terrado. Cruges escuchaba religiosamente á Steinbroken, que le contaba con gravedad los progresos de la música en Finlandia. Y en derredor de Alfonso, tendido en su vieja poltrona, con la pipa en la mano, hablábase del campo.

Durante la comida, Alfonso anunció su intención de ir á visitar á mediados de mes los viejos árboles de Santa Olavia é invitó á todos los reunidos á ir á pasar unos días allí. Ahora se trataba de persuadir á Ega, pero Ega se resistía, afirmando que el campo era bueno para los salvajes. El hombre, á medida que se civiliza, se aparta de la naturaleza; y la realización del progreso concebíala él como una vasta ciudad que ocupara totalmente el globo, todo de casas, todo de piedra, teniendo apenas aquí y allá algunos bosquecitos de rosas, donde coger ramilletes para adornar y perfumar el altar de la Justicia.

—¿Y el trigo? ¿Y la fruta? ¿Y las hortalizas?—preguntaba Villaça, riendo con malicia.

Ega contestaba que en los siglos futuros no se comerían hortalizas. La costumbre de comer vegetales es un resto de animalidad. Andando el tiempo, los hombres se alimentarán con píldoras fabricadas en talleres del Estado.

—El campo—dijo entonces don Diego—tiene ciertas ventajas para la sociedad, para hacer expediciones lejanas, para una partida de *croquet*, para una cabalgata en borricos... Sin campo no hay sociedad.

—Sí,—murmuró Ega—bonita sociedad hay en el campo...

Enterrado en una poltrona, fumando lánguidamente, Carlos sonreía en silencio. Durante toda la comida estuvo así, como embebecido, sonriendo á todos, con expresión luminosa y de agradable can-

sancio. Entonces el marqués, que ya dos veces, dirigiéndose á él le encontrara sumido en la misma abstracción radiosa, se impacientó:

—¡Hombre, hable, diga algo! ¡Tiene usted hoy una expresión extraordinaria! Parece un beato que se regaló, tragándose el Santísimo!

Todos en derredor, se fijaron en Carlos: Villaça le encontraba mejor cara; don Diego, con expresión de conocedor, afirmaba que había mujer de por medio y le envidiaba los años y el vigor; y don Alfonso, cargando la pipa, miraba enternecido al nieto.

Carlos se levantó inmediatamente, huyendo de aquel examen afectuoso.

—En efecto—dijo desperezándose—hoy he estado lánguido y aburrido. Es el calor. ¿Quiere usted echar una partida de billar, marqués?

—Hombre, si esto le ha de resucitar...

Ega le siguió. Apenas en el corredor, el marqués preguntó sin rebozo á Ega noticias de los Cohen. Para el marqués, flor de lealtad, no había secretos: Ega contóle que la intriga acabara ya, y que Cohen, cuando le encontraba, bajaba prudentemente la vista.

—Le pregunto esto—dijo el marqués—porque ví á Cohen dos veces...

—¿Dónde?

—En Price, y siempre con Dámaso. La última vez fué esta semana y allí estaba Dámaso, muy lechuguino y hablando mucho. Después vino á sentarse un poco á mi lado, pero siempre mirándola á ella y ella con su aire de santa Nitouche, le miraba á él... Cohen es un predestinado.

Ega se puso lívido, se atusó nerviosamente el bigote y dijo:

—Dámaso es muy amigo de ellos... Pero no sería de extrañar... Son dignos uno de otro.

En el billar, mientras el marqués y Carlos jugaban perezosamente, no cesó de pasear agitado y marcando con rabia el cigarro. De pronto se detuvo frente al marqués y le dijo:

—¿Cuándo dice usted que vió últimamente en Príncipe á esa torpe hija de Israel?

—Creo que el miércoles.

Ega volvió á pasear sombrío.

En aquel instante, Bautista, apareciendo en la puerta del billar, llamó á Carlos, haciéndole una seña.

Carlos acudió.

—Es un cochero de plaza—murmuró Bautista.—Dice que lleva en el carruaje una señora que le quiere hablar.

—¿Qué señora?

Bautista se encogió de hombros.

Carlos, aterrado, miraba hacia él. ¡Una señoral De fijo era María... ¿Qué habría sucedido, Dios santo, para venir á las nueve de la noche en un coche de plaza al Ramillete?

Mandó á Bautista que le bajara su sombrero, y de frac, sin gaban bajó lleno de ansiedad. En el peristilo vió á Eusebio que llegaba, pero no le habló siquiera. Corrió al coche, mudo, cerrado, misterioso, aterrador.

Abrió la portezuela. En un rincón había un bulto negro, envuelto en una mantilla de blondas que balanceó:

— Sólo un instante! ¡Quiero hablarle!

¡Qué alivio! ¡Era la Gouvarinho! Entonces, en su indignación, Carlos se mostró brutal.

—¡Qué tontería es ésta! ¡Qué quiere!

Iba á cerrar la portezuela; pero ella desesperada empujó la portezuela y no se contuvo y habló allí

mismo, delante del cochero, que arreglaba con gran cachaza una hevilla de los arreos.

—¿De quién es la culpa? ¿Por qué me trata de este modo? Entre, aunque sólo sea un instante, tengo que hablarle.

Carlos saltó dentro furioso:

—Da una vuelta por el Aterro—gritó al cochero.—Espacio.

El viejo simón bajó la calzada y durante unos instantes retrocediendo mutuamente para no tocarse en el estrecho asiento, pronunciaron las mismas palabras, bruscas y coléricas.

—¡Qué imprudencia! ¡Qué tontería!

—¿De quién es la culpa? ¿De quién es la culpa? Después, en la rampa Santos, el coche rodó con menos ruido por el asfalto. Carlos, entonces, arrepentido de su dureza, le habló con acento cariñoso. La reprendió por su imprudencia. ¿No era mejor haberle escrito?

—¿Para qué?—exclamó ella.—¿Para no contestarme? ¿Para tirar mis cartas como las de un importuno que pide limosna?

Se ahogaba. Arrancóse la mantilla de la cabeza. Carlos sentía su anhelo angustioso de ella. Y nada decía, sintiendo infinito malestar, viendo confusamente en la sombra triste del río adormecido, las sombras vagas de las barquillas.

—Le pido que venga á Santa Isabel, y no viene... Le escribo y no me contesta... Quiero tener una explicación franca con usted y no aparece... Nada, ni una carta, ni una palabra... Un desprecio brutal, un desprecio grosero. No debía haber venido... ¡Pero no pude, no pude!... Quise saber lo que le había hecho... ¿De qué se queja? ¿qué le hice?

Carlos no tenía valor para mirarla y murmuró angustiado:

— Realmente, amiga mía, las cosas hablan por sí mismas, no es necesario explicaciones.

— ¡Sea! Pero es necesario saber si esto es una cosa pasajera, un berrinche, ó si es algo definitivo, un rompimiento.

Carlos no sabía qué contestar. Terminó por decir que no era un enfado...

— Entonces ¿es un rompimiento?

— No, no lo crea... Un rompimiento absoluto, ¿para siempre? No.

— Entonces es un enfado. ¿Por qué?

Carlos no contestó. Ella, desesperada, le sacudió el brazo.

— ¡Hable! ¡Diga algo, por Dios! No sea cobarde. ¡Tenga el valor de decir lo que es!

Sí, tenía razón... Era una cobardía, una indignidad, balbucear disculpas mezquinas. Quiso ser claro, quiso ser fuerte.

— Pues bien, allá va. Me pareció que nuestras relaciones debían acabar...

Y otra vez vaciló y la verdad no salió de sus labios, sintiendo que aquella mujer temblaba de angustia á su lado.

— Es decir, acabar... Podíamos transformar su capricho apasionado, que no podía durar, en una amistad agradable y más noble.

Poco á poco, las palabras salían fáciles y persuasivas de sus labios. ¿A dónde les podría llevar aquella pasión? A que un día se descubriese todo y acabase en un escándalo y en una vergüenza. O bien que envolviéndolos por mucho tiempo terminara en la vulgaridad de una unión casi conyugal, sin interés ni atractivo. No, el buen sentido, hasta el buen gusto, todo indicaba la necesidad de una separación. Ella misma se lo agradecería más tarde. Ciertamente que aquella primera interrupción de una costumbre

agradable, causaba pesar. Por eso no había tenido el valor de escribirle. Debían ser fuertes y no verse durante algunos meses... Después, poco á poco, lo que era un capricho frágil y lleno de inquietud, se convertiría en una buena amistad segura y duradera. Callóse y entonces sintió que ella, caída en un rincón del coche, como una cosa miserable y medio muerta, lloraba sin ruido.

Fué un momento intolerable. Lloraba sin violencia, á chorro continuo, y Carlos sólo hallaba esta palabra vulgar:

— ¡Qué tontería! ¡Qué tontería!

Rodaba el coche junto á la acera. Pasó un americano con dos señoras vestidas de claro. La noche era hermosa y paseaba mucha gente. Ella continuaba llorando.

Aquel llanto lento, continuo, empezó á enternecerle. Y al mismo tiempo casi la odiaba porque no contenía aquellas lágrimas... ¡Y él que estaba en el Ramillete, sonriendo á todo, en un delicioso cansancio!

Tomóle la mano, queriendo calmarla, apiadado é impaciente á la par.

— Realmente no tiene razón. ¡Es absurdo!... Todo esto es por su bien...

Ella hizo un movimiento por fin, se enjugó los ojos y apagó sus sollozos... Y de pronto, en un arranque de pasión, le echó los brazos al cuello, atrayéndole contra su seno.

— ¡Oh, amor mío! ¡No me dejes! ¡No me dejes! ¡Si tú supieras! Es la única felicidad de mi vida... ¡O me muero ó me matol... ¿Qué te hice? Nadie conoce nuestro amor... ¡Y aunque lo supiesen! ¡Por ti lo sacrifico todo, honra, vida, todo! ¡Todo!...

Mojábale la cara con sus lágrimas; y él se abandonaba al sentir aquel cuerpo cálido y como desnudo

do que se apoyaba en sus rodillas y se pegaba á su pecho, ansioso de poseerle de nuevo...

De pronto el coche se detuvo. Y durante un momento quedaron, Carlos inmóvil y ella caída sobre él y jadeante. El cochero continuaba. Carlos bajó el cristal y vió que estaban junto al Ramillete. El cochero había ya dado la vuelta por el Aterro.

Carlos tuvo la tentación de bajar del coche y acabar aquel largo tormento. Pero le pareció una brutalidad. Y desesperado, odiándola, gritó al cochero:

—¡Vuelve al Aterro! ¡Andando!

Volvió á rodar el coche. De nuevo las piedras del pavimento hicieron tintinear los cristales y de nuevo bajaron la rampa de Santo.

Ella volvió á empezar sus besos; pero habían perdido la llama que durante un instante los hiciera irresistibles. Pero ahora Carlos sentía sólo una gran fatiga, deseo infinito de volver á su habitación al reposo de que ella le arrancara para atormentarle con aquellas recriminaciones y ardores... Y de pronto, mientras la condesa balbuceaba, como tonta colgada á su cuello, surgió en la imaginación de Carlos la imagen de María Eduarda, y recordando las felicidades de la víspera en la *Casita*, que ahora dormía blanca y graciosa entre los árboles, tuvo horror de la Gouvarinho, y brutalmente, sin piedad, repelióla de sí.

—¡Basta! Todo eso es absurdo... Nuestras relaciones están acabadas; no tenemos nada más que decirnos.

Quedó un instante como atortolada y le rechazó á su vez.

—¡Pues bien! ¡Déjame! ¡Ve con la brasileña! Ya la conozco, es una aventurera que tiene el marido arruinado y ahora necesita que le paguen las modistas!...

El se volvió con los puños cerrados, como para pegarle, y en el coche oscuro, donde había ya un vago olor de verbena, los ojos de ambos centelleaban de odio. Carlos llamó en el cristal. El coche no se detuvo. La Gouvarinho, por su parte, furiosa, procuraba también bajar el cristal de su lado.

—¡Deje que salga! Siento horror de estar aquí, junto á usted. ¡Me da horror! ¡Cochero! ¡cocheró!

Paróse el coche. Carlos se echó fuera, cerró con fuerza la portezuela y, sin una palabra, sin quitarse el sombrero, se dirigió hacia el Ramillete, trémulo aun, lleno de rencor bajo la noche estrellada.